

Hay mas en el ambrosio de goito 24/1/76

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

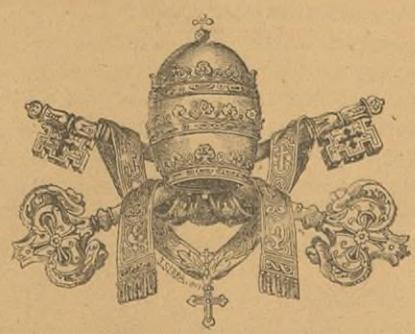
doctor en sagrada Teología :

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA :

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE BOBADOR, N.º 24 Y 25.
1871.

Entregas 3 y 4.

L47
2850

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

DE SU REINADO Y DE SU VIDA PRIVADA

D. EDUARDO MARIA VILARRASA

D. EMILIO MORENO CEBADA

DE SU REINADO Y DE SU VIDA PRIVADA

DE SU REINADO Y DE SU VIDA PRIVADA

BATALLON

juntos (1); es preciso repetir muy alto que, al atacar y amenguar el poder temporal del Papa, se ataca y se amengua tambien su poder espiritual; es decir, se ataca á la Iglesia católica. Es preciso proclamar la necesidad y el derecho de poner fin á esta gran destruccion revolucionaria, como los absolutistas republicanos proclaman el derecho y necesidad de abolir todo reinado, todo poder no elegido por el pueblo; si quiera en ello hayan de padecer el derecho de gentes y la libertad. Y para asegurarse contra tales sacrificios es preciso creer que el tiempo por venir compensará las iniquidades y las tribulaciones que al tiempo presente afligen.»

Así habla el ilustre autor de *La Iglesia y la sociedad cristianas en 1861*, que fue una gran protesta de la justicia contra la iniquidad, de la sacrílega obra que entonces se proyectaba y que hoy se ha realizado del despojo del Soberano Pontífice. La lectura de los párrafos que hemos reproducido, debidos á una pluma manejada por una mano protestante, basta para ruborizar á los que llamándose católicos han tomado parte, ó aprueban ó miran con indiferencia el gran atentado que lloran y lamentan los hombres honrados de todas las naciones, que comprenden y palpan ya las consecuencias del espíritu de insubordinacion y rebeldía que le ha llevado á cabo.

El filosofismo del siglo XIX, hijo legítimo del que tantos estragos causó en el XVIII, bate palmas con el mayor regocijo, porque cree muerto el Pontificado y con él el Catolicismo. En circunstancias no menos críticas que las presentes, Federico II de Prusia felicitaba á Voltaire por la misma causa, y le invitaba á escribir el epitafio para la losa sepulcral del Catolicismo, que ya era muerto, y al que solo podia salvar un milagro (2). El milagro se verificó entonces, y otro milagro se verificará muy pronto.

(1) Hé aquí en lo que los católicos no podemos convenir con Mr. Guizot. No es tan fútil é indisoluble la union de los dos poderes que deban *subsistir ó caer juntos*. La obra de iniquidad, de tanto tiempo preparada, se ha consumado al fin: el Gobierno subalpino se ha apoderado del último resto de los ya tan menguados Estados de la Iglesia; y el Vicario de JESUCRISTO, el augusto Pio IX, se halla cautivo en el Vaticano. El Jefe del Catolicismo carece hoy de la libertad é independencia que tan necesaria le es para poderse comunicar con los doscientos millones de súbditos que cuenta y que se hallan esparcidos por el mundo; pero no por esto puede decirse que ha caido su poder espiritual: este permanecerá en el sucesor de Pedro hasta la consumacion de los siglos, sea cualquiera el lugar donde se encuentre, y aunque tuviera que volver á las catacumbas. JESUCRISTO pronunció el *Tu es Petrus*, y ha ofrecido la estabilidad á su Iglesia, y primero que su palabra faltarán los cielos y la tierra. Prescindiendo de la mas que arriesgada proposicion de que ambos poderes deben *subsistir ó caer juntos*, el discurso de Mr. Guizot demuestra de qué modo la verdad suele abrirse paso á través de todos los errores y preocupaciones mundanas.

(2) Correspondencia entre Federico II y Voltaire. Carta de 5 de marzo de 1767. En este documento, el coronado sofista decia al patriarca de la impiedad, refiriéndose á la Iglesia católica: «Esté edificio minado por sus cimientos va á hundirse, y las naciones transcribirán en sus anales que Voltaire fue el promotor de esta revolucion, que se hizo en el siglo XVIII en el género humano.» ¡Pobre gente! Lo que las naciones han transcrito en sus anales es que la gloria del gran Federico se eclipsó con la desmembracion de sus Estados; que Voltaire fue un miserable que murió en el oprobio y la confusion, y que mas tarde el hijo, heredero y patrocinador del filosofismo, el gran conquistador Bonaparte, acabó sus dias en la roca de Santa Elena. Desde el punto de vista de la fe cristiana, ¡cuán pequeños aparecen aun los hombres mas grandes!

Ocupémonos ahora de los católicos que dicen: «Nadie ha atentado contra el poder espiritual del Papa, pues lo que únicamente se le ha tomado es su cetro temporal.» Nosotros sabemos muy bien que la *reyedad* del Soberano Pontífice no es dogma: nadie ha sostenido tal proposición. El mismo Pio IX dijo en una ocasión solemne: «La Santa Sede no sostiene como dogma de fe el poder temporal; pero declara que le es necesario é indispensable, mientras dure este orden establecido por Dios, para sostener la independencia del poder espiritual.» Cita estas palabras del augusto anciano del Vaticano uno de nuestros mas castizos escritores cuya elegante pluma está siempre al servicio de la buena causa, y reflexiona con la madurez y el buen sentido que se descubren en las siguientes frases: «Cierto que contra esta soberanía se alzaron en la edad media Arnaldo de Brescia y Rienzi: cierto que el eclipse de Avignon duró largo espacio de tiempo; cierto que Gregorio VII murió en destierro, y Clemente VII sufrió duro cautiverio, y Pio VII vió su corona de príncipe rodar en el suelo: hé aquí las vicisitudes del trono temporal en la série de mas de mil años; pero ¿hay algun trono en Europa que en un solo siglo no haya sufrido tantas y mas vicisitudes que el trono pontificio en diez? En ochenta años se han vertido en Francia arroyos de sangre, se han ensayado varios sistemas de gobierno, y han acaecido cambios radicales; y á nadie ocurre la idea de que ese trono se suprima para evitar que otro Francisco I caiga prisionero en Pavia, que otra Convención sacrifique á otro monarca, que otro Consulado produzca otro absolutismo, que otras barricadas constituyan otra república, y que esa república se resuelva en otro imperio.

«Los que combaten el poder temporal del Pontífice no ignoran que combaten el trono mas antiguo de Europa; el que ha visto erigirse todos ó casi todos los poderes; el que ha dado calor y desarrollo á todos los elementos civilizadores; el que ha recibido los homenajes de todo el mundo culto; el único trono cuya conquista no ha costado sangre y horrores; el único que no ofrece en la série de los siglos los desastres de sucesiones reñidas, minoridades turbulentas, regencias desdichadas ni imprevistas abdicaciones: bien saben los que combaten el poder temporal del Pontífice que ese poder se funda en bases muy sólidas, y puede exhibir ante el tribunal de la historia títulos de altísimo origen y de no interrumpida legitimidad; bien saben los enemigos del rey de Roma que en el terreno de la historia, del derecho y de la razón son vencidos sin remedio; bien saben que en todas las lenguas del mundo se acaba de escribir la defensa de ese trono, formando muchos volúmenes, y que esos volúmenes son y han de ser un gran monumento consagrado por el siglo XIX á la causa de la verdad, de la justicia y de la civilización. Y á pesar de que saben todo esto, la idea de un sacerdote rey no cabe en su cerebro. ¿Será lo de rey, ó será lo de sacerdote, lo que tan poderosamente despierta en ciertos espíritus las iras contra el Pontificado (1)?...»

Así se expresaba el ilustre académico no hace aun diez años, cuando no creíamos que llegara á realizarse la gran iniquidad de setiembre de 1870; y por cierto que sus postreras palabras encierran un mundo de ideas. «¿Será lo de rey, ó será lo de

(1) Catalina: *La verdad del progreso*, cap. V. *El Pontificado y la revolución*.

sacerdote, lo que tan poderosamente despierta en ciertos espíritus las iras contra el Pontificado?» Hoy nadie puede desconocer que los enemigos del poder temporal lo son tambien del poder espiritual. Decimos mas: los que combaten la *reyedad* del Jefe supremo de la Iglesia son malos católicos, ó han dejado de ser católicos. El mundo ha leído la carta modelo de refinada hipocresía en la que el rey invasor avisaba á Pio IX su resolucion de mandar sus tropas sobre la ciudad eterna y las protestas que en ella hacia de su profundo respeto á la Cabeza visible de la Iglesia: y ahora se ha podido ver los insultos que por parte de los invasores recibe la Santa Sede: ahora se ha visto con escándalo de todos los hombres honrados, aun de aquellos que no pertenecen á la comunión católica, puestos en ridículas é impías caricaturas en los parajes mas públicos de la ciudad eterna el Santo Padre, los eminentísimos cardenales de la santa Iglesia y hasta los mismos dogmas de la Religión. ¿Quién puede llamarse ya á engaño? ¿Á quién pueden seducir los artificiosos discursos de los enemigos de la soberanía temporal? Cansados estamos de oír decir: «El poder temporal del Pontífice no está indicado en el Evangelio.» Esto es una verdad, y por esto nadie ha pretendido ver un dogma en el principado civil del sucesor de Pedro. No se contiene en el Símbolo de los Apóstoles esta protesta: «Creo en el Papa-Rey;» pero ¿no hay esta otra: *Creo en la santa Iglesia católica?* Luego si la Iglesia ha aprobado esa soberanía temporal, si condenó las proposiciones del conciliábulo de Pistoya tan solo porque indirectamente tendia á censurarla; si en mas de un concilio se han lanzado anatemas contra los que atacan el patrimonio de la Iglesia; si en mas de una ocasion el actual Jefe supremo del Catolicismo los ha pronunciado contra los que han atentado contra su soberanía civil, se sigue que deja de ser católico el que la combate, porque el católico ha de aprobar con Pedro ó reprobar con Pedro. *El que no está conmigo está contra mí*, dijo JESUCRISTO, y así el que no está con su Iglesia está en contra de ella; y no necesitamos añadir mas para dejar demostrado que los adversarios del poder temporal del Papa lo son al mismo tiempo de la Iglesia. Ni se trata de disculpar el hecho de la invasion de Roma con el especioso título de razon de Estado. No hay razon mas fuerte que la que se apoya en la eterna justicia. San Pio V abominaba la razon de Estado, asegurando que estas palabras se habian inventado por hombres viciosos, contra la Religión y las virtudes morales. ¡Falsa política que ha sabido encubrir con artificiosas palabras lo que nunca será otra cosa que usurpacion, dolo, mentira, y rebellion del derecho de la fuerza contra el derecho de la justicia!

No es el poder temporal del Pontífice tan antiguo como la Iglesia. Sabido es que la Iglesia nació y se desarrolló entre las mas crueles persecuciones; que destinada á vivir tanto como el mundo, á resistir á los cataclismos, á sobrevivir á los tiempos, tuvo una infancia de tres siglos. Durante esta época dilatada, los Papas vivieron pobres y murieron mártires. En nada se ha manifestado mas admirable la Providencia que en la propagacion de la doctrina católica. En el siglo IV empezó una nueva vida para la Iglesia, la vida pública. Constantino la sacó de las catacumbas, la despojó de la roja vestidura del martirio y la elevó sobre su trono imperial engalanada con

el blanco manto del triunfo y la victoria. Y el triunfo de la Iglesia fue el triunfo de la humanidad, como la libertad del Pontífice fue la libertad del mundo. La civilización fué irradiando por todas partes, y á medida que se acercaban los dos grandes poderes, el espiritual y el temporal, reconociendo los césares la jerarquía de los Papas, y estos la de aquellos, se suavizaban las leyes, se mejoraban las costumbres, y merced á la doctrina de caridad del Evangelio, á los preceptos saludables que por todas partes se predicaban, adquirieron justicia las leyes, garantía la propiedad, vínculos las familias y dignidad los individuos: la familia humana, que habia permanecido por espacio de tantos siglos en el estado de la mas vergonzosa abyección, y que semejante al enfermo que lucha con los últimos combates de la muerte parecia tocar á su próximo aniquilamiento, adquirió nueva vida, presentando la sociedad un nuevo y encantador aspecto.

Vamos á hacernos cargo de una objecion que parece ser el tema obligado de todos sus contrarios: «Los Papas no siempre fueron reyes: en los primeros siglos no tenian mas poder que el espiritual, y sin embargo aquella fue la edad de oro de la Iglesia.» Tan baladí es la objecion, que no hay persona medianamente instruida en la historia que deje de conocer su trivialidad.

Esta referencia á los siglos primitivos de la Iglesia no es nueva. Desde los maniqueos hasta los modernos protestantes se ha convertido en un medio para engañar al mundo cristiano.

Verdad es que en los primeros siglos de la Iglesia el Papa no tenia la *frágil corona de oro*, como dicen sus contrarios; ya hemos visto de qué manera el imperio trataba á los Papas sin corona. ¿Quién ignora que hasta la época feliz de Constantino no hubo para la Iglesia mas que crueles persecuciones? ¿Quién no sabe que durante aquellos tres siglos no hubo otra cosa que diez matanzas en masa ordenadas sucesivamente por Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano? Ningun erudito desconoce que lo mismo la gente culta que el populacho del grande imperio miraban al Cristianismo como una secta impia, enemiga de la humanidad. El culto católico era llamado la locura de los galileos, y las mas negras y pérfidas calumnias se inventaban para hacer caer sobre los discípulos de JESUCRISTO el desprecio de las gentes. «Se ha levantado una secta, decian, que predica en público el desprecio de los dioses y la destruccion de los altares. Es una raza dada á los maleficios, hombres culpables de todos los crímenes, sacrílegos, perdidos, enemigos de toda naturaleza, que no conocen el matrimonio, que se entregan á la mas infame disolucion, y, lo que es mas horroroso, se alimentan de carne humana. No solamente tributan culto á un ídolo absurdo, sino á un muerto, á CRISTO, que tras una muerte ignominiosa se ha hecho Dios. Así la cruz es para ellos un objeto sagrado, es el altar de todos los malvados que dan incienso á lo que ellos han merecido (1).» Tales eran algunas de entre las mil calumnias que cada dia y á cada hora se propalaban contra los fieles por aque-

(1) Arnobio.—Minucio Félix.

llos que en las impúdicas bacanales é inmoralísimas lupercales encontraban sus mayores delicias. Y en aquel estado de continua persecucion, en medio de aquella sociedad abyecta dirigida y gobernada por crueles emperadores que hacian correr á torrentes la sangre cristiana, ¿podia llevar el Jefe de la Religion la corona de oro? La Iglesia se hallaba en las catacumbas: allí oraban los fieles; allí se fortalecian por la participacion de la Eucaristía y por las plegarias dirigidas en comun para salir á librar las batallas del Señor. Ninguno temia á las hogueras, á las fieras del Circo, á los garfios y demás instrumentos preparados para su exterminio, pues la mayor gloria de los fieles era verter su sangre en defensa de Aquel que en la cresta del Gólgota vertió la suya para borrar con ella la escritura de la maldicion del mundo. El sucesor de Pedro se hallaba en su puesto de honor, el primero siempre en enseñar el camino de la cruz, esperando el privilegio de ser el primero en salpicar con su sangre las vestiduras de la Esposa inmaculada del Cordero. No habia, pues, para el Papa otra corona que la de espinas que llevó sobre su cabeza el divino Fundador de la Iglesia. Y aquí séanos permitido hacer una breve reflexion. Dadas las terribles persecuciones suscitadas por los poderosos emperadores del grande imperio, por aquellos orgullosos césares que veian á la humanidad arrastrarse al pié del Capitolio para servirles de alfombra; dadas aquellas luchas espantosas que hicieron correr arroyos de sangre por todas partes, ¿no hubiera sido anonadada la Iglesia, no hubiera muerto en su misma infancia al haber sido obra puramente humana? ¿Qué institucion resiste á combates de tal tamaño, de magnitud tan extraordinaria? Los que claman por los primitivos tiempos del Cristianismo ¿se hallarian dispuestos á aceptar el martirio? Bien que los que tales recuerdos hacen en el sentido indicado no desearian en verdad mas regla de conducta que las veleidades de su enferma razon y los caprichos de su corazon corrompido.

Avancemos un paso mas. Bien, nos dirán, «el Papa no pudo ser rey durante su permanencia en las catacumbas, pero tampoco lo fue en los tiempos que siguieron á la paz dada á la Iglesia por Constantino. Luego el poder temporal no es una necesidad para el Cristianismo.»

No se jacten, por Dios, los que así hablan, de tener profundos conocimientos en la historia. El advenimiento de Constantino al trono imperial fue un hecho verdaderamente providencial. Dios en sus altos juicios disponia los acontecimientos de tal manera que fuésen contribuyendo al desarrollo de la Iglesia y al bien general de la familia humana. Agradecido aquel grande hombre al milagroso triunfo que alcanzó de su rival y que le condujo á la primera magistratura del imperio, levantó la proscripcion que pesaba sobre el Cristianismo, declarándose despues protector de la nueva Religion cuyas ventajas sobre el paganismo eran palpables. ¿Ni cómo podia dejar de reconocer su divinidad despues de haber visto la cruz brillar entre las nubes y haber podido leer aquella prodigiosa inscripcion: *In hoc signo vinces?* Terminó, pues, la era de sangre; pero si bien dejó en libertad á los cristianos, si él mismo se afilió en las banderas de CRISTO recibiendo el sacramento de la regeneracion de manos del papa

san Silvestre, no creyó prudente proscribir de una vez el culto pagano, apoyado todavía tenazmente por el Senado, el colegio de sacerdotes y aun el pueblo bajo. La proscripción instantánea del falso é inmoral culto podria llevar en pos de sí grandes complicaciones que quiso evitar en la persuasión de que la obra de Dios progresaria, y que las estatuas de los ídolos, que ya desde la predicación de san Pedro se bamboleaban sobre sus pedestales, caerian para no levantarse mas, y sobre sus ruinas se erigirian templos suntuosos á aquel Dios que por su inmensidad todo lo ocupa y que es dueño absoluto del cielo y de la tierra.

Las liberalidades del famoso hijo de santa Elena para con la Iglesia fueron extraordinarias, si bien no pudieron extenderse hasta dar al Papa la soberanía de Roma. Él trasladó su residencia á Bizancio, pero la ciudad verdaderamente imperial conservó su título, primacía y sus privilegios todos. Es indudable que el virtuoso y agradecido Emperador hubiera querido hacer al Jefe supremo de la Religion completamente independiente concediéndole el principado civil de la ciudad que era señora de las naciones. Sus ejércitos se hubiesen sublevado contra él, y es muy probable que Constantino hubiese perdido el trono sin que la Iglesia hubiese ganado otra cosa que tomar nuevamente el camino de las catacumbas.

Avancemos otro paso. Constante, el hijo de Constantino, manifestó grandes propensiones al arrianismo, suficiente razon para que no debamos extrañar el que no pensara en hacer concesiones al Pontífice. Juliano, conocido por el *Apóstata*, apenas se vió poseedor de la suprema dignidad del Estado, se propuso á todo trance acabar con el Cristianismo, y tales fueron los medios que puso en práctica, que hubiera conseguido su objeto á haber sido obra de los hombres. Mandó abrir los templos de los ídolos, restableciendo todos los antiguos sacrificios y observancias, pretendiendo que le fuese borrado el bautismo que habia recibido, sirviéndose para ello de las mas extravagantes ceremonias idolátricas, y se hizo iniciar sacerdote de Apolo, que era su dios predilecto. Entre otros mil excesos consignados en los fastos de la historia de la Iglesia, podemos señalar el de haber publicado una ley que excluia á los cristianos de todo destino en la magistratura. Pareciéndole poco todo cuanto hacia en contra de la Iglesia, se propuso hacer el último y mas desesperado esfuerzo. Concedor de las profecías que anunciaban la destrucción del templo de Jerusalem, y de que JESUCRISTO habia asegurado que no quedaria de él piedra sobre piedra, se propuso reedificarle, no porque quisiese favorecer á los judíos, sino para hacer ver que JESUCRISTO habia sido un impostor, no logrando otra cosa sino hacer arrancar hasta la última piedra de los cimientos, pues por medios maravillosos evitó el Señor que pudiese ni aun empezar la edificación, lo que fue causa de la conversión al Catolicismo de un gran número de judíos y de idólatras. Véase, pues, cuál podia ser el estado de la Iglesia durante el imperio de ese príncipe retórico y sofista que empleó su sátira en ridiculizar al gran Constantino, á ese emperador suscitado por la Providencia para dar la paz á la Iglesia. Época de terrores, tampoco los Papas podian haber ceñido la corona real, bien que entonces habia en el mundo muy pocas coronas de rey; la Eu-

ropa pasaba por una crisis suprema. Joviano sucedió al miserable apóstata Juliano, y entonces la Iglesia pudo respirar con tranquilidad.

Joviano amaba extraordinariamente á la religion cristiana. Sus bellas cualidades, su valor muchas veces probado en los combates le granjearon la estimacion general, y esto dió lugar á la unanimidad de pareceres para elevarle de un grado no superior de la milicia á la suprema dignidad del Estado. En el momento de ser aclamado, sube revestido de púrpura al trono que le habian levantado frente al ejército, y con cristiana franqueza, con su natural valor, con toda la energía de su carácter, exclama: *Yo soy cristiano, señores, y no puedo mandar á los soldados de Juliano si permanecen en sus errores. Un ejército abandonado del solo Dios verdadero y poderoso no podrá menos de ser vencido por los bárbaros.* Los soldados, que le amaban extraordinariamente, exclamaron en seguida: *Nada temais, señor, pues habeis de saber que estais al frente de soldados cristianos. Los mas viejos de entre nosotros fueron instruidos por el gran Constantino, y los demás por sus hijos. Juliano reinó muy poco tiempo para poder arraigar la incredulidad.*

Entonces empezaron dias verdaderamente felices para la Iglesia. Devolviése á los templos cuanto se les habia usurpado: los cristianos, despojados por Juliano de toda clase de derechos, volvieron á ser reconocidos como ciudadanos, siendo protegidos en toda la extension del imperio. Este estado de quietud no fue duradero, á causa de la prematura muerte de Joviano, acaecida cuando solo contaba treinta y dos años de edad, y cuando no habia cumplido uno de su elevacion al trono.

Si fijamos la vista en Teodosio el Grande, vemos que hizo cuanto pudo con extinguir de una vez el paganismo. El poder romano se hallaba sériamente amenazado por los bárbaros, y la segregacion de Roma en favor del Pontífice hubiera sido una medida impolítica que hubiese aumentado las complicaciones. Despues la division del imperio hecha por el mismo Teodosio en favor de sus hijos hizo mas difícil el establecimiento de la soberanía temporal del romano Pontífice.

Mas tarde llegan las invasiones de los godos, vándalos, alanos, hunos y otras muchedumbres de bárbaros que comenzaron á asolar la Italia causando estragos y desolaciones por doquiera que pasaban. La historia de la Iglesia recuerda con gloria lo que debió Roma al papa san Leon cuando fue amenazada por el feroz Átila. Aquella ciudad, reputada ya por santa por contener los restos mortales de los santos apóstoles Pedro y Pablo y por hallarse en ella establecida la Silla apostólica, hubiera sido seguramente invadida á no ser por la energía y valor del Papa san Leon que, revestido con sus ornamentos pontificales y llevando el báculo pastoral en la mano, sale á la puerta de la ciudad para rechazar al invasor que aturdido y confuso se retira por haber visto al lado del Pontífice al mismo san Pedro con una espada en la mano en actitud amenazadora.

Íbase ya comprendiendo toda la influencia del Jefe supremo de la Religion. El colosal imperio de los césares cayó, y sobre sus ruinas empezaron á formarse y robustecerse las nuevas monarquías. Los pueblos, entregados en su mayor parte á la

anarquía, fijaban la vista en el Vicario de JESUCRISTO y demandaban su protección: los nuevos monarcas le pedían consejos y los aceptaban con la mejor voluntad, y en esto se descubre el principio de la autoridad temporal, robustecida y extendida por Pepino y Carlomagno.

Para que el Papa viniera á ser rey era necesario que fuese aniquilado por completo el poder de los lombardos, y Dios dispuso que esto sucediese, como asimismo que fuesen reducidas á la impotencia las pretensiones del imperio griego.

El rey lombardo Luitprando se propuso sacar ventaja de los trastornos ocurridos en Italia con motivo de la herejía de los *iconoclastas*, y queriendo avasallar al Papa dirigió algunas fuerzas contra Roma: estas lucharon con las del Emperador, consiguiendo el triunfo, y lograron apoderarse del ducado de Roma. La capital de la metrópoli no fue invadida, merced á los esfuerzos del Papa, que pudo negociar una paz con el rey lombardo. Muerto Luitprando, su sucesor Astolfo, impulsado por su ambición, se hizo dueño del Exarcado y de la Pentápolis, sin que pudieran evitarlo los griegos que carecían de fuerzas suficientes para la resistencia. Conseguido este triunfo, determinó atacar seriamente á Roma. En vano el sucesor de Pedro pide socorro á Constantinopla: sus ruegos no son escuchados, y al verse solo y abandonado recurre al rey de los francos, Pepino, el cual mira como un deber sagrado atender al llamamiento del Padre comun de los fieles. Lleno de intrepidez acude con sus soldados en defensa de Roma, ataca al lombardo, le vence, y le obliga á entregar en seguida el territorio que antes fuera del imperio junto con el Exarcado y la Pentápolis.

El emperador griego pide al rey *franco* que le haga entrega de las ciudades que habia conquistado á los lombardos, pero recibe esta enérgica contestacion: « El derecho de los lombardos sobre el Exarcado y la Pentápolis es el de la conquista, bien así como el de los francos sobre la Galia, y el del imperio sobre todos los países que estuvo poseyendo. Este derecho lo he ganado yo con la victoria; los francos no han derramado su sangre por los griegos, sino por san Pedro y por la salvacion de sus almas. Á la Santa Sede prometí el fruto de mis esfuerzos y no hay tesoros en la tierra para hacerme quebrantar mi palabra. » En efecto, fiel á su promesa, entregó en pleno señorío á la Iglesia, esto es, al papa Estéban III, veinte y dos ciudades, cuyas llaves le presentó el abad Fulrado. Los nombres de estas poblaciones son: Ravena, Rimini, Pésaro, Jano, Cesena, Sinigaglia, Jesi, Forminpopoli, Forli, Castrocaro, Monte-Feltro, Averagio, Nocera, Serravalle, San Marino, Boffio, Urbino, Cagli, Lucutti, Guffio, Comacchio y Narni. Con esta donacion se extendió el poder temporal de los Soberanos Pontífices, empezando entonces su dominio absoluto en todas las cosas civiles, así para la ciudad, como para el Exarcado.

Muerto Pepino, Astolfo, en vista de que las tropas francesas habian evacuado la Italia, trató de recobrar aquellos territorios; pero fue vencido y derrotado por Carlomagno, el cual le destronó, y quitándole todos sus dominios tomó para sí el título de rey de Italia. Este Príncipe, hijo y digno sucesor de Pepino, que tuvo la delicadeza de no entrar en Roma sin pedir antes autorizacion al Papa, ratificó la donacion he-

cha por su padre, y aun añadió algunas provincias á los Estados romanos. La donacion de Pepino y Carlomagno, reconocida despues por los emperadores griegos, tan necesaria y conveniente al mundo cristiano, fue depositada con las llaves de Roma en el sepulcro de san Pedro el dia de Navidad del año 800.

Aunque no se tenga en cuenta que antes de estas donaciones, que en parte eran *restituciones*, los Papas fueron príncipes de hecho, resulta que tienen un título de soberanía el mas antiguo de Europa.

Queda, pues, demostrado de qué manera tan legítima vino el Pontífice á ser rey hace mas de mil años.

Á pesar de esto, se ha venido exclamando en todos los tonos: «El gobierno sacerdotal de Roma no está en armonía con el espíritu de la época, toda vez que no marcha con el espíritu del siglo, perjudicando á sus pueblos que, léjos de adelantar, retrasan en el camino de la civilizacion. Por otra parte, añaden, al carácter sagrado del Papa no le está bien el castigar. El ministro del Evangelio que perdona, no puede ser el ministro de la ley que sentencia.» En cuanto á lo primero, dirémos tan solamente que es necesario, ó desconocer por completo la historia, ó estar guiado de mala fe para suponer á la Santa Sede en lucha con la civilizacion. ¿Qué seria de la civilizacion si el Pontificado no la hubiese protegido? ¿Dónde, como en Roma, las bellas artes han florecido? La cúpula del Vaticano, obra del genio inmortal de Miguel Ángel, y los grandes y magníficos museos que son ornatos de la Ciudad eterna, dan un solemne mentís á los que propalan, por odio al gobierno sacerdotal, que es la rémora del progreso. ¿Será necesario que nos detengamos en aducir pruebas sobre la necesidad del principado civil del Sumo Pontífice? Ya hemos citado unas notables palabras del angélico Pio IX, y ahora consignarémos con placer la declaracion hecha en un documento de fecha muy reciente por el mismo Soberano Pontífice, en la encíclica que irá inserta en el lugar correspondiente de esta obra, á saber: «Que el principado «civil de la Santa Sede ha sido otorgado al Pontífice romano por un especial designio «de la divina Providencia, y que es necesario para que este mismo Pontífice, no es- «tando nunca sometido á ningun príncipe ó poder civil, pueda ejercer con libertad «absoluta en toda la Iglesia la suprema mision de apacentar y gobernar á toda la grey «del Señor y la autoridad que ha recibido de Nuestro Señor JESUCRISTO, y proveer al «mayor bien de la Iglesia, á su utilidad y á sus necesidades.» Con la civilizacion que no transigirá nunca la Santa Sede es con la que llevando tal nombre no es otra cosa que un sistema combinado á propósito para enflaquecer, y tal vez para destruir á la Iglesia de JESUCRISTO, como manifestó claramente el Santo Padre en la alocucion pronunciada en el Consistorio secreto de 18 de marzo de 1861.

En cuanto á la segunda parte de la objecion presentada, solo aquí dirémos, porque estas cuestiones han de ser tratadas con detenimiento en el cuerpo de nuestra obra, que el Sumo Pontífice es en la tierra el representante de la justicia, y que verdaderas manifestaciones de la misma justicia son los actos de premiar y de castigar. «El castigo justo, ha dicho un ilustre escritor antes citado, no es un mal que se im-

pone á determinados individuos; esto es mirarlo bajo su aspecto material, mezquino y odioso; el castigo justo es un bien que se hace á la sociedad. El hombre del Evangelio puede prestar ese bien, y si dejara de prestarlo á sabiendas, dejaria de ser el hombre del Evangelio (1).

Á vista del estado lamentable que hoy presenta la Europa, merced á las invasiones de una política desenfrenada que prescinde de Dios y que aun le niega; á vista de los grandes desastres por que acaba de pasar la nacion primogénita de la Iglesia, esa Francia cuyas desdichas excitan en alto grado la compasion de nuestra alma cristiana; de los males de nuestra amada patria que atraviesa un período tan poco favorable para la Iglesia y en la que se hace una activa propaganda de todos los errores; de la impiedad de esa Italia que se ha lanzado á satánicas empresas que han dado por resultado la cautividad de nuestro amado Padre, no podemos menos de recordar los consoladores vaticinios de José de Maistre que poco antes de terminar su carrera escribia: «¡ Oh santa Iglesia de Roma! Tus Pontífices serán bien pronto universalmente proclamados agentes supremos de la civilizacion; creadores de la monarquía y de la unidad europeas; conservadores de las ciencias y de las artes; fundadores, protectores natos de la libertad; destructores de la esclavitud; enemigos del despotismo; infatigables sostenedores de la soberanía, bienhechores del género humano. »

Ya vemos la aurora en este dia feliz anunciadô por el célebre pensador é ilustre publicista. Los pueblos todos, espantados de las consecuencias que producen las anárquicas doctrinas que vienen siendo objeto de la enseñanza de nuestros modernos reformadores, fijan la vista en Roma; y de aquella cátedra infalible, rodeada hoy de soldados enemigos, esperan el remedio de esa enfermedad mortal, de esa lepra asquerosa de la incredulidad que fomenta el espíritu de rebelion contra las autoridades establecidas, que guia á los hombres por caminos extraviados, hablándoles siempre de derechos y nunca de deberes, y que produce el mas funesto trastorno así en el órden político como en el religioso.

No vamos á hacer la historia del Pontificado católico: si tal fuera nuestro objetó, fácil nos seria demostrar que en el Papado está el punto de salvacion para los náufragos de la inteligencia y del corazon. Fijaríamos la atencion en la edad media, y veríamos á los Pontífices romanos siendo la base y el sosten de la civilizacion y de la libertad civil; los árbitros en las cuestiones suscitadas entre los príncipes; los siempre dispuestos á dispensar toda clase de bienes á la sociedad, siendo en mil ocasiones mediadores entre los soberanos y los pueblos. Ellos alentaron á las Cruzadas para que emprendiesen sus gloriosas tareas: ellos hicieron cuanto les fue posible para que la Europa fuese libre de la chusma agarena, enemiga del verdadero Dios y de la civilizacion. El mismo Voltaire, cuya autoridad á nadie parecerá sospechosa, confiesa que á Leon IV se debió el que los sarracenos no invadiesen toda la Italia en el siglo IX. Este Pontífice, dice el filósofo, se mostró digno defendiendo á Roma: fortificó la ciu-

(1) Catalina: *Obra citada.*

dad, armó milicias, pareciendo que habia resucitado en él todo el valor de las primeras edades de la república en unos tiempos de cobardía y de corrupcion (1).

Verdad es que los Papas han levantado á veces el juramento de fidelidad de los pueblos á sus soberanos; pero ha sido para hacer mas respetable y digna la soberanía. En cambio, ¿cuánto no han hecho en favor de los monarcas que han merecido la proteccion de la Santa Sede? Gregorio IV en 834 restableció en su trono al rey Luis que habia sido desterrado en Francia. Adriano II protegió en 868 las posesiones de Luis II, que estaba en guerra con los sarracenos, contra Luis rey de Hungría que se habia propuesto apoderarse de ellas. Juan VIII en 870 exhortó á los obispos alemanes á que se sirviesen de su influencia para impedir al rey de Alemania el que se apoderase del reino de Cárlos el Calvo, diciendo que no mereceria el nombre de Vicario de JESUCRISTO si no procurase reprimir la ambicion de los príncipes que querian invadir la propiedad de los otros. Alfonso, rey de Castilla, que habia sido despojado por su hijo Sancho en 1283, recurrió á Martin IV demandándole su proteccion.

Si la civilizacion condena con razon la esclavitud, ese tráfico criminal de vender los hombres, ¿no han sido repetidas las protestas contra tan infame mercancía por la Santa Sede? Paulo II en 1462; Paulo III en 1537; Urbano VIII en 1639 defendieron con energía los derechos de la humanidad desconocidos por los españoles y los portugueses que separaban los hombres de sus mujeres para venderlas con sus hijos. Benedicto XIV en 1741; Pio VII en 1814 y Gregorio XVI en 1840 han fulminado anatemas contra este comercio que reduce á mercancía y pone en servidumbre á la mas noble de las criaturas de Dios.

En cuanto á proteger las ciencias y las artes, ¿quién ha aventajado á la Santa Sede? Y es de advertir que no solamente trabajaron los Papas para engrandecer tan importantes ramos dentro de los Estados de la Iglesia, sino en todas las naciones. En 1364 Urbano V fundó el colegio de San Mateo para estudiantes de medicina, estableciendo al mismo tiempo un número considerable de escuelas para los diferentes ramos del saber humano, honrando con señaladas mercedes á los alumnos que hacian mas rápidos adelantos. Ya antes en 1306 el papa Clemente V habia erigido la universidad de Orleans concediéndole los mismos privilegios que gozaba la de Tolosa. En suma, los pontífices Eugenio IV, Nicolás V, Paulo II, Pio II y Paulo III fundaron unos y engrandecieron otros la mayor parte de las universidades que tanta fama han alcanzado en los diversos países católicos.

Si examinamos el origen de nuestros mas célebres establecimientos científicos, encontraremos los nombres de Pontífices ilustres que los confirmaron ó protegieron, y como quiera que el hacer mencion de todos ellos seria difuso, señalaremos tan solo los mas notables. En 1450 Nicolás V ratificó el privilegio concedido á Barcelona por el rey Alfonso V, para erigir una universidad literaria. En 1474 Sixto IV confirmó un estudio que ya habia en Zaragoza, en el cual se enseñaban artes, siendo despues esta escuela elevada á universidad por el emperador Cárlos V con anuencia y confir-

(1) Voltaire: *Essai sur les mœurs*, etc., t. 11, ch. 28.

macion de Paulo IV. En 1505 el papa Julio II confirmó asimismo los privilegios de la universidad de Salamanca y los de Alcalá, fundada en el mismo año por el célebre cardenal Jimenez de Cisneros, establecimiento que llegó á ser famosísimo por los hombres eminentes que produjo en todos los ramos del saber humano.

Empero ¿qué debemos añadir cuando vamos á historiar la vida del gran pontífice Pio IX, que no solo ha reorganizado los estudios de la famosa universidad romana aumentando sus cátedras, sino que ha erigido multitud de establecimientos de instruccion y ha elevado y engrandecido el Observatorio astronómico de Roma, de tal suerte que es reputado hoy por el mejor del mundo? La Exposicion de obras del arte cristiano, que no hace aun dos años celebró en la metrópoli del Catolicismo, es un nuevo testimonio de que la proteccion dispensada á las ciencias la extiende á las artes. ¡Y aun se acusa á la Iglesia de enemiga de la civilizacion!

Sea, pues, que se considere bajo el punto de vista del derecho general, ó el de la dignidad de la Iglesia en particular, ó el de los intereses de la civilizacion, el principado civil de los Papas es acreedor al respeto de la sociedad, á la proteccion de los Gobiernos y al entusiasmo de los pueblos.

Los argumentos en que sus contrarios fundan su política, quedan desvanecidos á la mas leve penetracion del criterio sensato.

¿Triunfará el solio temporal del romano Pontífice sobre los que ciegos unos, y apasionados otros, le combaten, y podemos decir que ya le sujetan?

La esperanza encuentra lugar en el corazon de los creyentes y pensadores.

Precisamente cuando el despotismo ha dejado caer su mano de acero sobre la monarquía pontificia, se ha desvanecido el último resto del pudor en la parte increíble de la sociedad. Las pasiones han sacudido el manto de la hipocresía, que débilmente ocultaba todo lo siniestro de los intentos, y el mundo ha asistido al espectáculo del horrendo maridaje del crimen y de la incredulidad.

Semejante maridaje aterra á los que conservan alguna solicitud en pro de la moralidad social; el simultáneo ultraje á la soberanía temporal del Papa y á la decencia de las relaciones humanas es una permission de la Providencia divina.

No pocos abren los ojos que tenian cerrados, y empiezan á preguntarse si realmente está en Roma, como los católicos afirman, la clave de la moralidad pública y el apoyo del buen sentido político.

La llamada moral universal queda desvanecida al primer ensayo de la supresion absoluta de la fe; sobre las ruinas del trono pontificio en Roma se levantan los altares de Marte y de Vénus; la tea que incendia sucede á la cruz que atrae y reedifica.

La sociedad, despues de diez y seis siglos de cristianismo, ¿está en el caso de resignarse á ser esclava de la brutalidad y de la tiranía paganas?

No.

Pues entonces la restauracion de los derechos es indispensable; los actuales crímenes aleccionan á la generacion presente.

Pío IX es la víctima destinada á llamar, con la elocuencia de su sacrificio, la misericordia de Dios sobre la tierra.

La historia que vamos á escribir exhibiendo las providenciales circunstancias del Pontífice que rige hoy la Iglesia de Dios, ocupándose de la actitud que ha conservado al través de las complicaciones políticas y sociales; considerando la influencia que ha ejercido y ejerce con la virtud de su alma y de su palabra en el sosten de la civilizacion y del progreso cristiano; comparando la integridad de su carácter con la veleidat de sus adversarios, la lógica de su doctrina con la contradiccion de las teorías que se le oponen, puede contribuir á rectificar el errado juicio que sobre la mision pontificia hubieran concebido algunos, y sin duda contribuirá á encender mas el entusiasmo de los cariñosos hijos del Pontífice, que bendice á los que le maldicen y se esfuerza en salvar eternamente á los que temporalmente trabajan para perderle.

Las tres situaciones del mundo relativas al nacimiento de Pío IX, á su elevacion á la Silla pontificia y á la invasion de su capital, son tan fecundas en hechos é importantes por los personajes eminentes que en todas ellas respectivamente descollaron, que prestan á la filosofía de la historia provechosas consideraciones.

Abarcando la vida de Pío IX parte del pontificado de Pío VI, y los pontificados de Pío VII, Pío VIII, Leon XII y Gregorio XVI, no puede prescindirse de tomar en cuenta el curso de los acontecimientos sociales que se sucedieron bajo aquellos preclaros Pontífices.

El lienzo es, como se ve, extenso, el argumento fecundísimo, laudable el objeto, y simpático á toda alma delicada la santa persona cuya vida y pontificado se trata de describir.

Solo nos falta decir que procuraremos la severidad de los juicios templada con la caridad de las formas; otro estilo no corresponderia á la historia de un Pontífice que al dirigir al cielo su oracion puede decir con especial exactitud como el Profeta: *Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre.*

Los que no participen de nuestro fervor para la Santa Silla y de nuestro entusiasmo por Pío IX no encontrarán en nuestras páginas una cuchilla que los hiera; la vida de que vamos á ocuparnos es imán que todo lo atrae, porque sus enseñanzas y preceptos vienen de continuo acentuados por la misericordia.

Mas cautivo que soberano, Pío IX tiene título á que el mundo le trate con las consideraciones debidas siempre á una augusta víctima, y con el respeto que especialmente merece el que en la cumbre del Calvario, á que le ha arrastrado la ingratitud de la política extraviada, solo piensa.

En pedir perdon por los que ultrajándole no saben lo que hacen:

En ofrecer el paraíso de la paz á los usurpadores, arrepentidos de sus crímenes:

En proporcionar á la sociedad huérfana por sus sentimientos de independencía el regazo de una madre tan buena como la Iglesia:

En suplicar á Dios cese el aparente desamparo en que permite se halle sumergida la Iglesia que preside:

En enardecer la sed inmensa de la salvacion de los pueblos:

En demostrar como los decretos de la Providencia y los anuncios de sus escogidos se van consumando:

Y en ofrecer su espíritu en manos del eterno Padre, único poder en el que confia y espera.

Todos los sentimientos de Pro IX se reducen á una de estas siete expresiones, modeladas por el Redentor desde la cruz, que es á los ojos de los que creemos la mas gloriosa de las sillas pontificias.

Mucho atrevimiento es el nuestro, que sin embargo viene disculpado por el noble impulso que lo engendra, que es el de la admiracion filial por las grandezas de aquel á quien la verdadera cristiandad llama con razon *Padre Santo*.

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO.

CAPÍTULO I.

SITUACION DEL MUNDO AL NACER PIO IX.

Dos acontecimientos de incomparables resultados habian tenido lugar en el período señalado por la divina Providencia para venir al mundo el distinguido infante que debía regirlo y guiarlo por la senda de la fe y de la civilizacion verdadera, que en ella se apoya.

La emancipacion de los Estados-Unidos de América y su constitucion en una forma política hasta entonces no ensayada en la sorprendente escala en que aquel país la planteó, al paso que ofreció á las muchedumbres emigrantes de Europa anchuroso campo á la experiencia de teorías no todas fecundas en moralidad, sembró en los pueblos europeos, hartos fatigados de las agitaciones sociales, esperanzas de radicales y peligrosas reformas que no tardaron á formularse en desastrosos proyectos.

La revolucion francesa del año 1789 fue el eco de la emancipacion americana; pero, si la formacion del pueblo de los Estados-Unidos no encontró instituciones históricas que combatir, y solo un caos que organizar y vivificar, no así la revolucion en Europa, que habiendo sido el centro de la floreciente civilizacion en los gloriosos dias del Cristianismo, tenia formadas las costumbres y levantadas las instituciones, á cuya sombra se desarrollaron admirablemente los gérmenes de prosperidad que encierra siempre la fe y la virtud, y que ha hecho incomparable á la civilizacion europea.

No nos incumbe en este lugar emitir nuestro juicio sobre la manera con que ciertas instituciones anteriores á la revolucion francesa cumplieron la mision delicada é importante que el cielo les confiara; ni medir la extension del terreno que se desviaran del camino de la rectitud y de la justicia. Bástanos consignar que, á pesar de las infidelidades de algunas naciones, la Iglesia católica permanecia considerada y respetada por la mayoría de los pueblos, quienes poseian en ella una garantía sólida de proteccion en todo lo que tendiera á mejorar realmente la economía social.

Tenia Europa sentada la base de toda grandeza; partiendo de la cual, no

necesitaba sembrar de ruinas el espacio y de protestas el tiempo para echar los fundamentos del nuevo modo de ser á que algunas clases aspiraban.

Nada debía arruinarse partiendo de aquella base, aunque muchas cosas debieran pasar por el crisol que las purificara y santificara.

Desgraciadamente los reformadores sociales no tuvieron en cuenta la solidez de las creaciones hechas al soplo vivificante del Cristianismo, y desdeñando la eficacia y virtud del dogma y de la moral católicas, pretendieron anatematizarlas como doctrinas y legislaciones anticuadas, haciendo *tábula rasa* de todo lo antiguo, y decretando la formación de una sociedad, cuyo tipo era desconocido, porque hasta había de formarse un *nuevo hombre* para que le sirviera como de elemento primordial.

Así las ideas inspiradas á los reformistas de Europa por los constituyentes de los Estados-Unidos produjeron en el centro de la civilización, en el Cristianismo apoyada, tal desorden de aspiraciones y tal confusión de hechos, que alarmó á los espectadores tranquilos y á los concienzudos observadores.

Los Estados-Unidos, á medida que iban estableciendo las bases del orden y la legislación ecualitaria, toleraban las ideas cristianas, y dejaban sentar los fundamentos de una sociedad católica, cuyo acrecentamiento no intentaban impedir, y que tenía por destino—como todavía lo tiene—dominar y transformar el espíritu racionalista de aquel pueblo que venía de la indiferencia, elevándolo por medio de una predicación constante é infatigable hasta á las alturas de la sumisión á la palabra de Dios y al espíritu de la Iglesia.

No así aconteció en la Europa. Entusiasmados sus reformistas ante el éxito de las primeras empresas del pueblo americano, viéndole sin religión propia, quisieron eliminar la Religión, á cuya sombra se habían nutrido todas las antiguas grandezas, no considerando que aquel pueblo joven, ó mas bien niño, no era religioso porque todavía la Iglesia no había tenido tiempo de dirigirle su palabra maternal; y que cuando la voz de los misioneros se dejara oír de aquellas muchedumbres, súbitamente serían por ella atraídas á su seno millares de millares de almas. No consideró la Europa revolucionaria que la experiencia de la nueva vida haría nacer en la sociedad americana el sentimiento de la necesidad de una religión que satisficiera la aspiración de los corazones, y que la fe no tardaría en tomar posesión de las masas congregadas para constituir en aquellas vastísimas regiones el mayor de los modernos pueblos.

Los Estados-Unidos no habían destruido la Iglesia, porque todavía allí no se había constituido; no partían de ruinas.

La Europa al contrario; tenía una Iglesia maternal y fecunda, y á su corazón dirigieron las mas agudas saetas, confundiendo el verdadero significado de la palabra *emancipación*.

Las ideas de emancipación de toda autoridad política, científica, moral y religiosa, apoyadas y multiplicadas por el espectáculo de la constitución del nuevo pueblo americano, animaron los sentimientos de rebeldía de los mas calenturientos perturbadores del orden, que, agrupados en Francia, trataron seriamente de ensayar sus proyectos.

La declaración de los derechos del hombre, formulada por una asamblea de individuos dispuestos á sacrificarlo todo—hasta el buen sentido—para realizar su tremendo programa, fue como el Evangelio de la nueva era.

La humanidad quedaba desligada de sus antiguos deberes, y las virtudes,

cuyo reinado habia sido el bello ideal de los anteriores siglos cristianos, recibieron un decreto de cesantía, siendo sustituidas por otras virtudes que no tenían ningun enlace ni participacion con la autoridad divina.

Al nacer el nuevo código social fue aclamado como al redentor de lo que calificaban de esclavitud tradicional del hombre, y los emisarios de la nueva idea, subiéndose de las profundidades del vulgo hasta las alturas de una soberanía de hasta entonces desconocida indole, proclamaron *la gloria de la humanidad redimida y el advenimiento de la paz á los hombres de buena voluntad.*

Las malas voluntades solo residian, segun los reformistas, en los adictos á la Iglesia, á la escuela y á las instituciones históricas.

«El hombre nuevo» tenia por destino saldar las cuentas sociales pendientes, y establecer la fraternidad imposibilitada por el sacerdocio, por la fe y por la autoridad.

No puede negarse que el movimiento del año 1789 hizo nacer esperanzas de regeneracion social hasta en algunos espíritus inexpertos, que, deslumbrados por la novedad del lenguaje y la originalidad de la conducta, no atinaban á descubrir lo utópico de los planes.

Verdad es que para muchos fueron pasajeras semejantes ilusiones.

La confusion de las doctrinas, la licencia de las pasiones desbordadas, las desmoralizadas fuerzas de las muchedumbres que habian proclamado su independencia, produjeron una tempestad intelectual, moral y política, como pocas hayan estallado en el firmamento de la historia, bien que raras veces se vieran tan sin freno los elementos sociales.

La grande emancipacion iniciada en 1789 fue el principio de la anarquía del 1793, en que se pusieron de manifesto en su desnudez las consecuencias de las teorías proclamadas.

«Nótase en la revolucion francesa, dice el Ilmo. Frassinous, un carácter satánico que la distingue de todo lo que se habia visto y quizá de todo lo que se verá, segun añade el autor de las *Consideraciones sobre la Francia*. En efecto, las expoliaciones, el destierro, las pasiones, la muerte, la calumnia, los ultrajes, las vejaciones de todo género, hé ahí lo que presenta la historia de todas las persecuciones; pero la expoliacion violenta de todas las iglesias de un vasto imperio, el ateísmo profesado y aplaudido en medio de los representantes de un gran pueblo, la profanacion legal de los mas sagrados objetos del culto público, la apostasia solemne de muchos sacerdotes, la clausura simultánea y absoluta de todos los templos, que no se abrian sino para representar escenas de disolucion é impiedad; la razon declarada diosa, la libertad adorada en la forma de una cortesana viva, la incontinencia pública recomendada expresamente por la ley, la série de inauditos excesos, la especie de emulacion entre las provincias y la capital sobre cuál los cometeria mayores, constituye un conjunto de hechos tan repugnantes que parece pertenecen á otro mundo.»

Aunque sea descrito con su acostumbrada exactitud y elocuencia por el sábio obispo de Hermópolis el carácter de la revolucion francesa, no será por demás añadir algunos rasgos debidos á la inspirada pluma de Cretineau-Joly, en su obra *La Iglesia romana y la revolucion*: «*La república*, dice, que habia tomado á destajo la tarea de resucitar y emancipar á los pueblos, rompía y destruía en efígie y mentalmente las cadenas de las naciones extranjeras, al

paso que llenaba de víctimas el Temple, la Conserjería, el Cármen, la Abadía, el Luxemburgo, los palacios y las iglesias. Degollaba los hombres para remozarlos; derramaba raudales de sangre para regenerar la patria; llamaba casa de la humanidad al hospital; y Marat, las ciudadanas, los desbregados, Lucrecia vengada, fueron los nuevos apellidos impuestos á las calles principales; y cuando las iglesias no eran á propósito para celebrar los clubs ó establecer almacenes de forraje, los trocaba en templos de la Razon, de la Igualdad, del Himeneo, de la Ancianidad, de la Naturaleza ó del Comercio. Cambiáronse los nombres de las ciudades, trastornóse el calendario, y la Francia y sus grandes familias recibieron apodos que eran á la vez una irrisión y un ultraje.

«La Francia infeliz fue disfrazada ora á la griega, ora á la romana; impúsosele como Dios el ateísmo, y la guillotina como á Santa Sede. El silencio fue un crimen capital, la delación un oficio patrióticamente autorizado. Las matanzas decretadas en nombre del pueblo fueron calificadas pomposamente; pudo observarse desde luego que se habia inventado un medio para hacer á los hombres iguales, y era cortarles la cabeza para establecer mas presto en una tierra desolada, entre sepulcrales sombras, la glacial igualdad de la nada.

«Como en la época en que, segun la elocuente expresion de Isaías, «el soberano Señor de los ejércitos quitó de Jerusalem y de Judá al valiente y al fuerte, la fuerza del pan y la del agua,» arrojóse con violencia hombre contra hombre, y cada uno contra su vecino, y se levantó el mozo contra el viejo y el plebeyo contra el noble. Los vivos fueron muertos, los difuntos exhumados, y subieron en los púlpitos funestos hombres que desde el abismo de su vulgaridad se atrevieron á desafiar á Dios. Los restos de Voltaire y de Rousseau fueron conducidos al Panteon, y llegó la locura hasta el punto de hacer la apoteosis de Marat, Dugazon, Trial, Rousin, Grammont, Collot d'Herbois, Monvel y otros mil comediantes, quienes, despues de haber aprendido á ser facciosos siendo histriones, fueron los héroes de aquellas soeces bacanales; y Saint-Just, Robespierre, Carnot y Barere, hilvanadores de versos de tertulia, filántropos de academia, se complacieron en atravesar en lanchezuela adornada con cintas y flores el rio de sangre que habian vertido.

«Un discípulo de la escuela en que estos hombres fueron formados, que en fuerza de la lógica no temió llegar hasta el cinismo, no vaciló en decir: Para servir á la revolucion se necesita, y no me dejarán mentir los hombres de 1793, una conciencia ancha, á la que no asusten, si es preciso, una alianza adúltera, la violacion de la fe pública, el quebrantamiento de las leyes de la humanidad y el desprecio de la constitucion fundamental (1).»

Tal fue la práctica de aquellos hombres, verdaderamente extraordinarios que, no espantándose ante la inmensidad de las destrucciones, ensancharon las fronteras de su conciencia hasta el punto de celebrar maridaje con las mas repugnantes iniquidades.

De uno de aquellos hombres decia Chateaubriand: «Mirabeau fundó escuela. Rompiendo todos los lazos morales, soñó constituirse en hombre de Estado... demasiado pronto para su provecho y demasiado tarde para la corte, Mirabeau se vendió á la monarquía. Quería comprar al precio de su re-

(1) Proudhon: *Revolucion sociale*.

nombre una pension y una embajada. Cromwell estuvo á punto de cambiar sus destinos por un título de la Orden de la Jarretière. Á pesar de su soberbia, Mirabeau no se evaluaba tan alto.»

Y no obstante, no era Mirabeau el mas corrompido y abyecto de los grandes revolucionarios que caracterizaban aquella situacion. Mirabeau fue la representacion del movimiento de 1789, y conservaba el buen sentido de decir: «*Yo no me habia propuesto únicamente llevar á cabo una obra de destruccion,*» ; se proponia edificar algo sobre las ruinas de lo destruido! y á pesar de que era este el mas natural propósito, no participaban de él los héroes de los episodios posteriores de aquel sangriento y anárquico drama.

Marat, otro de los apóstoles del código humanitario y declamadores contra la tiranía histórica, exclamaba en cierta sesion: *Pueblo, necesitas derribar luego doscientas setenta mil cabezas*; este rasgo inspiró á los célebres humanitarios esta inscripcion dedicada á su memoria: «*Corazon de Jesús, corazon de Marat; ¡oh sagrados corazones!*» La tiranía y la blasfemia se dieron un abrazo en estas expresiones, que ya los siglos no pueden oirlas de mas horrendas.

Á la mañana siguiente de una terrible matanza Camilo Desmoulin, procurador general de la linterna, felicitaba al pueblo de haber ejecutado su plan con admirable órden.

Camilo Desmoulin, Marat y Fabre d'Eglantine encumbraron á otro evangelizador de la fraternidad. Danton fue llamado para resumir todo el encono de los espíritus dominantes en aquella tremenda hecatombe; suya es esta frase: «*Nosotros no debemos juzgar al rey; nos toca matarlo.*» Y estas otras palabras no menos horrendas que aquella frase: «*Yo sé que los sacerdotes y los nobles no son culpables, pero es preciso que mueran, porque están fuera de su lugar, y son obstáculo á la marcha de la situacion.*»

Juzgado y condenado á muerte por sus mismos amigos, protestó contra la dignidad del tribunal, á que debió comparecer, en una fórmula que era afrentosa á sí propio: «*Yo fui el que hice instituir este tribunal infame; yo pido por ello perdon á Dios y á los hombres.*»

Murió, pues, el bárbaro Danton confirmando que la sociedad conservaba como á legado suyo una *infamia*.

En aquella época se gritaba desaforadamente: *Viva el infierno*, mientras estableciendo un verdadero reinado infernal celebraban los victoreadores alegres orgías de sangre en las que danzaban desnudos los concurrentes á la memoria de sus hermanos guillotizados.

Tal era el carácter de la pléyade de hombres que, sin mas criterio que el de un fanatismo desenfrenado contra el órden por los siglos establecido, llevaban su audacia hasta á los extremos de lo posible.

Todo el que elevaba el corazon era proscrito, y desacreditado era todo lo que al corazon tendia á elevar.

Dios quiso poner de manifiesto hasta á qué punto era capaz de bajar la dignidad humana, partiendo de la base de la absoluta independencia del hombre. La sociedad que aspiraba á ser diosa hubo de resignarse á ser la mas esclava de las sociedades que en la historia han aparecido. Dios confirmó con la elocuencia de aquellas desgracias inmensas el prestigio de su autoridad, y evidenció que estaba resuelto á repetir su decreto de muerte, intimado en el paraíso al hombre orgulloso, contra la sociedad que llevara su altivez hasta decir descocadamente: *Non serviam*.

Las turbas exclamaron: *Erimus sicut dii.*

Dios contestó á las turbas: *Morte moriemini.*

La voz divina hizo estremecer la tierra.

En el período álgido de aquella inmensa tempestad levantada y sostenida por todas las viles pasiones vino al mundo el ilustre vástago de la familia Mastai Ferretti, á quien Dios tenia reservados los mas altos destinos, y á quien tenia resuelto confiar la mision trascendental de regir su santa Iglesia en dias procelosos.

Como el hijo del marino que nace en medio de deshecha tormenta se cree hermano de las borrascas, y ya no las teme porque le han acompañado en su cuna, así el augusto Pontífice, que Dios conserva con júbilo de la Iglesia universal, nacido en los dias mas calurosos y tempestuosos de la revolucion francesa, que fue como la concentracion de todas las revoluciones, obtuvo una inmutabilidad y serenidad admirables ante los grandes trastornos sociales.

En aquellos dias gobernaba la Iglesia de Dios un Pontífice venerable por su ancianidad, por su sabiduría y por sus virtudes. Mientras nacia el niño Mastai Ferretti, Pio VI devoraba en su corazon las amarguras ocasionadas por la situacion del mundo á su alma llena de sentimientos de mansedumbre y de paz.

Era Pio VI el hombre público que mas habia contribuido á conjurar la tremenda tempestad que años hacia amenazaba descargar sus furores contra la sociedad descreida. Veia él avanzar las siniestras nubes, madres de los terribles rayos que podian calcinar en un momento, como en efecto las calcinaron, instituciones respetables que, á haber seguido la senda que la Providencia les trazara, hubieran podido salvar los principios y los intereses de soberanos y pueblos.

Mas no privaban ya en los alcázares de los reyes y en los consejos de los magnates las consideraciones de respeto á la justicia.

Pio VI habia visto al Austria lanzarse altiva en el camino del regalismo mas exagerado; el imperio bajo el reinado de José II iba supeditando la Iglesia al Estado, y constituyendo silenciosamente una organizacion protestante con elementos católicos. Súplicas y protestas no las escaseó el celoso ataláya de los derechos del Catolicismo, y aun mas, impulsado por una humildad ejemplarísima, vivamente condolido de que no se previnieran los males que iba á causar al mundo el lamentable desvío de los principios religiosos, determinó emprender un viaje á Viena, pareciéndole imposible que, al oír la exposicion de las valederas razones que á favor de sus reclamaciones tenia, el Emperador no cesara en el camino de perdicion emprendido.

Pio VI fué á Viena, y aunque la poblacion austriaca y todas las que hubo de encontrar á su paso le mostraron el entusiasmo de que se hallaban poseídas hácia el supremo Jeraarca de la Iglesia, no pudo derretir con todo el fuego de la caridad que en su corazon ardía el glacial hielo de la indiferencia y de la incredulidad que enervaba todos los sentimientos generosos en las regiones de la diplomacia.

Al través de aparentes muestras de respeto, y prescindiendo de algunas concesiones de secundaria trascendencia, el augusto Pontífice pudo convenirse de la inutilidad de sus pasos.

Apenas habia dejado Pio VI el suelo austriaco, cuando, con beneplácito y tácita proteccion del Emperador, se publicó un folleto con el título: *¿Qué es el*

Papa? escrito por Eybel, antiguo catedrático de cánones en la universidad de Viena, quien en su librito expuso una doctrina esencialmente protestante en todo lo relativo á los derechos y á la autoridad del Pontificado, y trató de desvirtuar las elocuentes manifestaciones del pueblo en favor y reverencia del Padre Santo, calificándolas audazmente de actos del fanatismo mas repugnante.

Verdad es que las impiedades amontonadas en las pocas páginas del opúsculo de Eybel valieron á los anales apologéticos del Cristianismo la memorable encíclica del Papa, en la que con igual abundancia de datos, que solidez de razones y elevacion de magisterio, Pio VI defendió la doble soberanía del Pontificado. Aquella encíclica, expedida en Roma á los 28 dias de noviembre de 1786, fue el doloroso gemido de la Religion, personificada en el papa, ante los males que las disolventes doctrinas iban precipitando.

Las doctrinas católicas, expuestas con tanta autoridad como prudencia por el papa Pio VI, produjeron poca mella en el ánimo racionalista de José II.

Un año despues el cardenal Caprara, nuncio apostólico en Viena, escribía una nota secreta al cardenal Braschi-Onesti, en la que se contenian los siguientes párrafos:

«Mis despachos á la Secretaría de Estado pueden caer en manos que los desvian de su verdadera direccion, como ya ha sucedido; por esto aprovecho la ocasion de pasar á Roma un sujeto de confianza que se presta á explicar á Su Santidad algunos pasajes poco explicitos de mis comunicaciones anteriores.

«Continuamos aquí errantes, sin brújula ni timon, por mares erizados de escollos, y el piloto no advierte el peligro á que nos expone ni el que él mismo corre. El Emperador ha concluido su papel; ha dicho su última palabra: nada queda ya por trastornar, y no obstante, cansados de la presente inmovilidad, los hombres de ánimo agitado y turbulento no se dan por satisfechos; desean y buscan otras novedades, y como le es imposible á José II satisfacer las pasiones que él mismo ha suscitado, acúsanle de arrastrar el progreso por el angosto carril de la rutina. El príncipe que tantas ruinas ha decretado es impopular entre aquellos que quieren erigir la destruccion en sistema...

«Como era mi deber, varias veces he indicado al Emperador el peligro que á las monarquías amenaza si inesperados acontecimientos ó una crisis social llegasen á dar cuerpo y bandera á las tenebrosas afiliaciones; y S. M. I. me ha contestado siempre con voz tímida que comprendia como yo el peligro, pero que al canciller del Estado le parecia imposible el poder conjurarlo...

«Háblase por aquí de iniciaciones terribles, y un tal Adam Weishaupt, canonista y jurisconsulto bávaro que goza de cierta celebridad universitaria, ha sido maestro é inspirador de Mr. de Montgelas, y del baron Kosigg en los misterios de la «Grande obra,» y anuncia una trinidad humana, una exégesis terrenal y prodigios sin fin que ellos exclusivamente realizan y presencian.

«Indiferente me seria esta afición á lo maravilloso, viviendo en un tiempo en que las recomendaciones apostólicas no son mas escuchadas y atendidas que los divinos preceptos de JESUCRISTO, si detrás de los pretendidos milagros no se ocultara la propaganda de doctrinas perversas. En la esencia de tales sociedades ó sectas no existen, que yo sepa, sino vaciedades; pero á su sombra va formándose una escuela mas práctica, mas activa, que no se detendrá sin duda en aquel eden de goces hiperbólicamente sensuales y de positivas ilusiones...

«La actitud de provocadora hostilidad que van tomando los descontentos y

los hombres cuya insubordinacion crece á medida que los Gobiernos se debilitan y ceden, es perpétuo motivo de temor para los buenos católicos, cuyo número aumenta por la persecucion misma. Sin embargo, grande es su impotencia, y no hay de que extrañarse por ello. Hoy seria imposible reunirlos y organizar con ellos una fuerza material, y aunque parece cierto que en el porvenir será posible lo que no lo es en la actualidad, no disminuye esta esperanza la eminencia del peligro. Es indudable que de las insensatas quimeras del iluminismo, del swedenborgismo y de la francmasonería va á salir una tremenda realidad.»

Hemos creido oportuno trasladar los párrafos que acaban de leerse en esta exposicion de la situacion del mundo al nacer Pro IX, porque en ellos el cardenal Caprara en estilo conciso acierta á revelar extensamente el espíritu entonces dominante, y las tendencias de aquella sociedad á precipitarse ciega al abismo de la anarquía intelectual, moral y material.

La debilidad de los poderes, la indiferencia de los diplomáticos, la infidelidad de la política á los deberes religiosos, el materialismo positivista por una parte, y por otra los ensayos de sustituir los misterios de fe con las incomprendibilidades iluministas, y las revelaciones extravagantes á la sobrenatural revelacion, ofrecen un total cuya consideracion no podia menos de infundir sérios temores para el porvenir.

La situacion de los ánimos en Austria fue una de las condiciones ventajosas al estallido de la revolucion francesa.

Nápoles secundaba en aquellos tiempos las doctrinas perturbadoras del imperio austríaco; cuando la tormenta que se acercaba exigia que los soberanos se agruparan á la enseña de la autoridad divina representada por el Pontífice, complacíanse en excitar rivalidades con la corte romana.

«¡Extraño fenómeno! exclama Mr. C. F. Chevé; en víspera de la revolucion francesa, el espíritu revolucionario soplaba con preferencia sobre las testas coronadas; parece que los soberanos se habian puesto de acuerdo para restringir cada dia mas la libertad de la Iglesia y los derechos de la Santa Silla, tomando ellos mismos la iniciativa de las peligrosas innovaciones que les reclamaba la filosofia del siglo XVIII.»

El espíritu de emancipacion que dominaba en todas partes revistióse en Toscana del carácter jansenista, amenazando corromper la sinceridad religiosa de la Italia. Grandes amarguras hubo de devorar Pio VI al observar como el pueblo toscano era apartado de la senda de sus dignas tradiciones por los que tenian obligacion de encaminarle mas por ella.

El gran duque Leopoldo llevaba la usurpacion de las atribuciones pastorales mas allá que el mismo emperador de Austria. Las doctrinas del obispo Ricci, que prevalecieron en el sínodo de Pistoia, trastornaron por completo el orden religioso de cosas. El clero, participando del espíritu de rebeldía de algunos prelados, no ofrecia la union y compaginidad de enseñanza y de conducta en la que estriba su principal fuerza y autoridad moral. Ordenóse la celebracion del culto en lengua vulgar, proscribiéronse las indulgencias, dudáronse, y aun negáronse, muchos é interesantes puntos por la Iglesia sostenidos.

El Papa condenó por medio de la bula *Auctorem fidei* varias proposiciones del sínodo de Pistoia como cismáticas unas, otras como heréticas, y como erróneas, escandalosas y calumniosas las demás.

Pio VI ordenó públicas rogativas en la capital de la cristiandad para atraer de nuevo la pervertida Toscana al seno de la Iglesia.

Florenia era la oposicion de Roma.

España y Portugal habian ya expulsado á los Jesuitas y sostenido regalistas cuestiones en perjuicio de la Santa Silla; es decir, toda la Europa católica se hallaba fermentando al calor de las utopias predominantes.

Mr. Veuillot describe en dos brillantes páginas de la segunda série de sus *Mélanges religieux, historiques, politiques et littéraires*, la situacion y actitud de la Europa en la última mitad del siglo XVIII en los términos siguientes, cuya exactitud es incontestable:

«Entrada ya en la segunda mitad del siglo XVIII, la Europa ofrecia un estado de completo escándalo. Desde que la sociedad cristiana contaba con una existencia política, la soberanía humana no se habia distinguido por un olvido tan unánime de sus deberes. Los nombres de los reyes de aquella época son otros tantos recuerdos de desórden, ligereza, irreligion y despotismo. Tras un barniz general de filosofía y literatura se escondia en todas partes llevado á sus límites el menosprecio de Dios y del alma humana.

«En Francia Luis XV; en Alemania el ateo Federico, el sectario José, la falange corrompida de pequeños príncipes, degradados unos por las brutalidades de un serrallo, otros odiados por el mercantilismo hecho con sus súbditos; Catalina la *Grande* reinaba en Rusia, marchando sobre el lodo, empuñando el cetro con ensangrentadas manos; el monstruoso José manchaba el trono de Portugal, mientras Pombal, su ministro, hacia perecer la nobleza y el sacerdocio en el cadalso. Los reyes de Inglaterra brillaban á la vez por la galanteria francesa y por la embriaguez alemana; Walpole era el alma del Parlamento británico. Carlos III de España, quizá incrédulo só capa de creyente, pero de todas maneras entregado á los consejos de los filósofos, sorprendia al mundo con una de las mas tremendas iniquidades que pesan sobre la memoria de los reyes. En Italia apenas hay memoria de los príncipes que, gracias á su nulidad, autorizaban las declamaciones revolucionarias de ciertos literatos; pero no están olvidados los nombres de los ministros, cómplices de los enciclopedistas, instrumentos de la destruccion. El patriciado de Venecia, herético en las tres cuartas partes de sus miembros, iba á desaparecer sin dejar huella en el porvenir. Génova, digna de mejor suerte, atacada no obstante por el gusano del filosofismo, no conservaba sino pálida sombra de su antigua virtud.

«Soberanos y aristócratas se alejaban de la Iglesia, la odiaban, la oprimian, trabajaban para labrar su ruina; unos porque querian enriquecerse con sus despojos, otros porque sufrían esta cruel enfermedad del alma que se llama *el odio á Dios*. El odio á Dios se habia comunicado con la rapidez y vigor de una epidemia á la Europa, que acababa de llegar al colmo de su prosperidad y de su ingratitud.

«La conjuracion era general; Voltaire daba la consigna al mundo civilizado. Desde el triunfo del arrianismo—y aun entonces quedaban á las puertas los bárbaros—la Iglesia no habia sufrido un combate tan astuto y tan unánime, ni jamás sus defensores se habian presentado tan débiles y desconcertados.

«Bajo la bandera católica ni un pueblo, ni un príncipe, ni un grande hombre luchaban intrépidos.

«Algunos comentadores, algunos espíritus tímidos y apocados, hacian sus reservas al través de mil precauciones; hé ahí todo.

«No pueden leerse sin pena los escritos de muchos autores cristianos de aquellos dias. ¡Cómo se procuraban la benevolencia de los soberanos! ¡Cómo demostraban el miedo que Voltaire les infundia! ¡Cómo ignoraban ó temian la verdad!

«La herejía nacional y la herejía real tenian obstruidos los canales por los que la ciencia y la obediencia se comunican al cuerpo católico.

«Ramas enteras del frondoso árbol del Catolicismo parecian muertas, aunque no desgajadas.

«Los filósofos emancipando la moral del dogma, los políticos desdeñando los principios de la moral para el gobierno de los pueblos, produjeron aquella funesta situacion que corrompiendo á las almas corruptibles consiguió aletargar á muchos escogidos.»

Preciso nos es elevar un poco nuestras consideraciones y remontarnos hasta el manantial de la tremenda perturbacion de las soberanías y de los pueblos.

Aquel desconcierto social tenia su causa donde la han tenido, y no pueden dejar de tenerla, todos los desconciertos.

Los hechos son hijos de las doctrinas; las revoluciones se forman en las escuelas; una revolucion sin escuela carece de espíritu; es un cadáver que se descompone á los primeros rayos de la intelectual luz.

Pero cuando las inteligencias están pervertidas hasta el punto de adoptar principios que entrañan la sancion del desórden, entonces la revolucion tiene su filosofía, los filósofos de la revolucion se presentan á los pueblos investidos con el carácter del apostolado.

Los pueblos, cuyo primer movimiento es una expresion de horror ante el crimen, no sienten repugnancia alguna en escuchar y admitir una doctrina por absurdos que sean sus principios y por criminales que sean sus consecuencias.

Las convicciones se transforman á merced de las teorías mas repetidas, aunque menos fundamentadas.

Las revoluciones tienen entonces su apoyo en la opinion pervertida, y cuentan con una organizacion completa; porque el corazon las abraza por los sentimientos placenteros que fomenta, y la inteligencia los defiende por los especiosos argumentos en que se apoya.

Los acontecimientos políticos del último tercio del siglo XVIII se apoyaban en las doctrinas filosóficas de los dos anteriores tercios del mismo siglo.

Un escritor contemporáneo, filósofo y literato, coronado por la celebridad á pesar de su juventud, ha consignado sobre el carácter doctrinal del siglo XVIII un juicio que no debemos dejar en silencio:

«Existe un siglo en la historia, dice, que se caracteriza por una negacion atrevida y constante, la negacion de lo sobrenatural, la negacion del misterio...

«Rousseau en filosofía, Voltaire en literatura, Montesquieu en historia, Buffon en la historia natural, ¿qué hicieron?

«Una sola cosa; suprimir el misterio.

«Rousseau cree, ó se figura que cree, que el hombre sabe la última expresion de las cosas.

«Rechaza á este efecto todo lo que le supera; rechaza todo lo que no puede

abarcar. Extiende á Dios, al hombre ó la naturaleza en el lecho de Procusto, que ha fabricado por sus propias manos, y despues de haber hecho un Dios tan pequeño, un hombre tan pequeño, una naturaleza tan pequeña, léjos de asombrarse, descansa y se complace en lo que ha hecho...

«Voltaire en su literatura no tiene sino una preocupacion, la de librarse de lo sublime. Es que lo sublime es necesariamente misterioso. Los secretos de la palabra son profundos porque la palabra es una cosa santa.

«En el hombre caido existe una tendencia hácia la afrenta que le conduce á burlarse de su propia gloria. Esta tendencia, que sorprende á los que no conocen al hombre, evidente para los que le conocen, constituyó lo que fue llamado *espíritu volteriano*.

«La intencion de rebajar al hombre procede del odio profundo á la gloria de Dios. Este odio tiene una especie de perspicacia. El filósofo reconoce á Dios en todas partes, aunque se esfuerce en no reconocerle en ninguna, y por esto rebaja la creacion, empequeñece la creacion, para empequeñecer al Criador; detesta al hombre porque es la imágen de Dios, le desprecia porque es la gloria de Dios, y pretende que se degrade á sí propio para renunciar á ser la gloria de Dios. Este gusto por la deshonra, este placer en degradar á los semejantes y á sí propio, esta baba que todo lo mancha, que es el fondo del espíritu volteriano, esta vergüenza humana es el fruto del orgullo.

«Dominado por el orgullo el hombre no quiere relacionarse con Dios, y como solo en Dios encontraria su gloria, renuncia á la gloria para renunciar á Dios. Medroso de encontrar la gloria en Dios, se precipita al abismo de su degradacion.

«El hombre que adora no puede burlarse de sí mismo; Voltaire quiere que el hombre se burle de sí mismo, á fin de que no le sea posible adorar.

«Voltaire decapita al hombre y deshonra la creacion para destruir la imágen de Dios y borrar de la tierra las huellas de sus pasos...

«Voltaire es mas negro, mas agresivo que Ovidio, aunque ambos ejecutan las mismas extravagancias.

«Y ¿qué dirémos de Delile? y de Saint-Lambert? y de Lebrun? y de Crebillon? y de Guimond de la Touche? y de Lemierre? y de Marivaux? y de Piron? y de Fabre-d'Eglantine? de Dorat? ¡qué gigantes los grandes filósofos del siglo XVIII!

«Si consideramos su filosofia, nos sumergimos hasta á los abismos espantosos de Condillac, y nos sentimos arrastrados hasta á las *alturas* en que Helvecio habita. Como si un ciego hubiera pretendido describir los colores, Helvecio pretendió hacer un poema de seis cantos sobre la felicidad. Y ¿Dupuis? y Domet?

«¡ Aquella reunion de especialidades no fue por sí sola un fenómeno! ¿Cómo es posible que los hombres despues de haber visto el siglo XVIII, léjos de meterse en las entrañas de la tierra, sepan enorgullecerse con su memoria?

«En historia ¿qué ha hecho Montesquieu? Ensaya explicarlo todo prescindiendo del misterio, sin traspasar los límites de las cosas conocidas, sin espantar á sus contemporáneos. Para él la historia carece de horizonte... El hombre aparece en ella encerrado entre dos murallas, mutilado, comprimido, sin aspiraciones ni desengaños, solo, frio, léjos de Dios, insensible á tamaño aislamiento.

«En la historia natural Buffon emplea exactamente el mismo proceder.

Contempla la naturaleza á través de la atmósfera de que el siglo XVIII le rodea. La naturaleza que él despliega ante sus investigaciones se asemeja á una decoracion de la ópera cómica... Quita á la creacion la majestuosa simplicidad con la cual nos da Dios una enseñanza de que pocos hombres se aprovechan. La creacion tiene una voz profunda, alta, dulce y misteriosa... Buffon no la oye ni la deja oír.

«La poesía, en el sentido que dió á esta palabra el siglo XVIII, es ridícula y vergonzosa... ella ha prostituido hasta las lágrimas; ; las lágrimas, que cuando no salvan condenan! El hombre además de la palabra articulada posee dos palabras singulares, secretas, desconocidas, la risa y el llanto.

«El siglo XVIII, no contento con hacer mentir la palabra articulada, ha hecho mentir el llanto y la risa. Voltaire ha realizado esta triple obra, y la ha realizado completamente, sin desconcertarse, sin arredrarse, sin detenerse.

«Voltaire ha prostituido la risa, siempre que se le ha antojado, deshonorando con ella el misterio de las cosas sobrenaturales; ha prostituido el llanto, siempre que ha querido, para deshonar el misterio de las cosas naturales.

«El siglo XVIII trataba el alma humana como cualquiera otra cosa; los espacios visibles é invisibles se reducian á asuntos de tocador.

«Aquellos hombres que reian de todo lloraban ante los pastores de Florian...

«El siglo XVIII no quiso morir sin legarnos su retrato; la pintura refleja la exacta fisonomía de aquel siglo... la pintura del siglo XVIII no solo es ridícula, es afrentosa. Wattean, Boucher, Fragonard, son los hijos de aquella sociedad corrompida, hijos terribles que dicen á los pasajeros los secretos de su madre. Aquellas figuras desnudas y acicaladas no son únicamente fatuas, son repugnantes: ellas son la representacion del siglo XVIII corrompido, afeminado, infecto, sentimental. ¡Levántese finalmente la justicia del arte y decapite con su espada esas figuras que usurpan un lugar en la memoria del hombre!

«Todos los siglos han visto grandes crímenes; la antigüedad los cometió tales, que bastarian para sorprender á los que ignorasen lo que es el hombre. Mas, en general, sea en la vida, sea en la ciencia, sea en el arte, el hombre sentia el terror misterioso que rinde homenaje al Dios desconocido, y atestiguaba, hasta ultrajándole, la presencia de Aquel que se llama eternamente remunerador y vengador. El siglo XVIII ha obrado de otro modo. No solo pretendió ultrajar á Dios, quiso olvidarse de Él. Ensayó borrar su nombre, quiso hacer una naturaleza y una humanidad en la que el nombre de Dios no se hallara ni siquiera escrito; pretendió quitar á la inocencia su razon de ser, y al crimen su seriedad; se propuso vivaquear sobre las ruinas del hombre (1).»

Veillot y Hello ostentan en las anteriores páginas el espíritu y la fisonomía del siglo XVIII, que engendraron los graves acontecimientos de que fue teatro el mundo.

El taller, la escuela, el hogar, el templo, fueron invadidos por las doctrinas y sentimientos del humanitarismo filosófico, es decir, de la emancipacion del hombre y de la ironía dirigida á todo lo que precede á su cuna y sigue á su sepulcro.

El derecho arrancado de su generoso principio, que es la justicia eterna, no tuvo mas base que el siempre agitado oleaje de las pasiones individuales.

Tales fueron las circunstancias que favorecieron el estallido de la revolu-

(1) Mr. Ernesto Hello: Art. *Le dix-huitième siècle*.—*Revue du monde catholique*.

cion francesa, resúmen y ejemplar de todas las revoluciones; grito que la Providencia lanzó para que despertaran los amantes de la verdad divina y de la justicia social.

Pio VI, anciano y achacoso, supo conservar la actitud noble, prudente, fuerte, que su mision altísima reclamaba. El Espíritu Santo le concedió profusamente el don del consejo, y ningún pontífice, como él, hubo de meditar más la oportunidad del silencio ó de la protesta.

Los acontecimientos que se sucedían no eran á ninguna faz de la historia comparables; porque, en verdad, el hombre, engendrado con la abundancia de derechos, que sin presumirlos ni desearlos se le habían concedido, posesionado de funesta locura, se creyó revestido de una inmunidad perjudicial.

La tiranía de Neron y de Calígula era inspirada por el orgullo soberano de un corazón extranjero á toda nobleza y generosidad; pero la tiranía de la revolución francesa era la de la colección, la del pueblo.

La mansedumbre de carácter, la finura de maneras, la educación de palabra y de fórmulas, eran otros tantos motivos de sospecha. El espectáculo de toda santidad era una protesta contra los que habían gritado: *Viva el infierno*.

El infierno de la tierra se declaró lógicamente contrario al Pontificado, entre cuyos gloriosos títulos puede muy bien contar el de enemigo irreconciliable de la confusión.

Pio VI fue el blanco de las iras demagógicas, que en la embriaguez de su pasajero triunfo juraron inmolarlo, como á la más augusta de las víctimas, en aras de la obscenidad moral y del escepticismo de las inteligencias.

Roma ha tenido siempre el privilegio de ser la hostia expiatoria de los grandes desatinos sociales.

Pio VI tenía en grado heroico todas las virtudes necesarias para ceñir su frente encanecida con la auréola del martirio.

La revolución francesa provocó una cuestión trascendentalísima, en la que de ninguna manera era lícito transigir al celador de los derechos más sagrados de la Iglesia.

La constitucion civil del clero subordinaba completamente el estado eclesiástico al poder laico. El Papa expidió, con motivo de la publicación de aquella radical reforma, dos breves, dirigido el uno á los obispos diputados, el otro á la Iglesia de Francia.

Luis XVI, el infortunado monarca que ocupaba el vacilante trono de san Luis, cuya excesiva bondad le hacia esperar una solución conciliadora entre los intereses y principios de la institución que personificaba, y las nuevas instituciones por la revolución creadas, había impedido la publicación de los breves del Papa que anatematizaban *la constitucion civil del clero*. ¡Condescendencia inútil que no bastó á conjurar el terrible golpe que contra su ungida cabeza iba á descargarse!

Los breves apostólicos no vieron la luz pública hasta que el gran Monarca hubo descendido al sepulcro empujado por las iras que él quería desarmar á fuerza de mansedumbre. Cuando los documentos pontificios fueron conocidos, muchas inteligencias preocupadas obtuvieron la luz y cambiaron de senda; creían algunos que el silencio del Papa era una expresión de tolerancia, y la presunta tolerancia del Pontífice era el apoyo en que afianzaban su conducta los que todavía no se hallaban decididos á reñir definitivamente con su conciencia.

De ahí el retorno al aprisco católico de una multitud de los que oyeron los juicios de la Santa Silla contra las reformas eclesiásticas.

Pío VI había escrito á Luis XVI la carta que transcribimos, paternal contestacion á las expresiones de filial afecto que este Rey le había dirigido, al mismo tiempo que á la debilidad y vacilaciones que había manifestado. El sentimiento paternal y la dignidad pontificia brillan á igual altura en este documento histórico:

«Á nuestro querido hijo en JESUCRISTO salud y bendicion apostólica:

«Aunque léjos de poner en duda vuestra firme y profunda resolucion de quedar adherido á la religion católica, apostólica, romana, á la Santa Sede, centro de la unidad, á nuestra persona y á la fe de vuestros gloriosos antepasados, no es para Nos menos cierto que por medio de torcidos artificios y capcioso lenguaje se pretende explotar el amor que teneis á vuestro pueblo y abusar del deseo ardiente que os anima de establecer el órden, la paz y la tranquilidad en vuestro reino. Nos, que representamos á JESUCRISTO en la tierra, Nos, á quien Él ha confiado el depósito de la fe, Nos tenemos el deber especial, ya no de recordaros vuestras obligaciones respecto á Dios y á los pueblos, pues no creemos que seais jamás infiel á vuestra conciencia, ni que os coloquais en los falsos puntos de vista de una vana política; pero cediendo á nuestro amor paternal nos vemos impelidos á declararos y de la mas expresiva manera denunciaros que si aprobárais los decretos relativos al clero, hundiriais por este solo hecho la nacion entera en el error, el reino en el cisma, y quizá atizariais la llama devoradora de una guerra de religion.

«Hasta hoy hemos empleado todas las precauciones para evitar que se nos acusara de haber excitado ningun movimiento en este sentido, no oponiendo mas que las inocentes armas de la oracion elevada á Dios; pero si continúan los peligros para la Religion, el Jefe de la Iglesia hará oir su voz: ella se levantará, aunque sin traspasar jamás los deberes de la caridad.

«V. M. cuenta en su Consejo dos arzobispos, uno de los cuales, durante el decurso de su episcopado, ha defendido la Religion contra los ataques de la incredulidad; el otro posee un profundo conocimiento de las materias de dogma y de disciplina. Consúlteles V. M., infórmese de la opinion de un gran número de prelados y doctores de vuestro reino, distinguidos por la piedad y la ciencia: V. M. ha hecho grandes sacrificios en bien del reino; pero si atribucion vuestra es el renunciar hasta los derechos inherentes á la prerogativa real, no teneis el derecho de enajenar ni de abandonar en lo mas mínimo lo que es debido á Dios y á la Iglesia, de la que sois el hijo primogénito (1).

«Pongamos nuestra confianza en la Providencia divina, merezcamos obtener de ella los recursos necesarios por medio de una adhesion inviolable á la fe de nuestros padres.

«En cuanto á nuestras disposiciones particulares, nos es imposible quedar

(1) Los dos eminentes prelados á que aludia Pío VI eran el arzobispo de Vienne, Mons. de Pompignan, y el de Burdeos, Mons. de Circé; quienes tuvieron la debilidad insigne de faltar á la confianza que el Papa tenia en ellos depositada, aconsejando al Monarca la sancion de la llamada constitucion civil del clero. Tan negro proceder llenó de remordimientos la conciencia del primero, que no tardó á morir de melancolía; el Arzobispo de Burdeos publicó mas tarde una retractacion célebre.

Datos tristes que ponen en evidencia el desconsolador estado de los espíritus y de las instituciones en aquel tiempo. La defeccion de una parte del clero, considerable por la cantidad y utilidad de los disidentes, fue la mayor pesa dumbre que sintió el Sumo Pontífice.

sin inquietud y aficcion, mientras no sepamos que está asegurada la tranquilidad y la dicha de V. M.

«Con un sentimiento de afeccion paternal os enviamos del fondo de nuestro corazon á V. M. y á su augusta familia la bendicion apostólica... Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el dia 10 de julio de 1790, el año décimosexto de nuestro pontificado.»

Luis XVI, á pesar de los paternos avisos del anciano Pontífice, firmó *la constitucion civil del clero* á los 24 dias de agosto de 1790. Su conciencia no quedó tranquila, como lo prueba el haber pedido á Su Santidad la confirmacion de las disposiciones y principios en aquella constitucion acordados.

El Padre Santo, oido el consejo cardenalicio, decidió tomar informe de los obispos franceses.

El 30 de octubre treinta obispos firmaron la célebre *exposicion de los principios sobre la constitucion civil del clero*, redactada por Mons. de Boisgelin, arzobispo de Aix.

En aquel documento el Episcopado francés reclamaba para la Iglesia la jurisdiccion esencial, el derecho de fijar las bases de la disciplina, de reglamentarla, de instituir los obispos y conferirles misiones determinadas; altas é indispensables prerogativas á la Iglesia pertenecientes.

Condoliase de la supresion de tantos monasterios, de la abolicion de tantos establecimientos consagrados á las prácticas de piedad, de los decretos que anulaban las promesas solemnes hechas á Dios, que incitaban á romper la fidelidad de los juramentos prestados, que se esforzaban en borrar límites no escritos por el hombre, sino por el supremo Legislador.

Reclamaba el Episcopado la intervencion de la potestad eclesiástica para legitimar lo que se intentara reformar; que se acudiera al Papa para todo lo que se quisiera hacer importante respecto á la Iglesia; que se autorizara la convocacion de un concilio nacional ó de concilios provinciales, y que se respetara la constitucion de la Iglesia, reconociendo que no es institucion reformable por medidas de pura policia.

Aquel documento fue el grito lanzado por la conciencia alarmada de la prelación francesa; muchos obispos, que no habian firmado la declaracion, se adhirieron públicamente á ella, llenando de consuelo á los que se complacen en tener por guia de las conciencias la autorizada palabra de la Iglesia.

La Asamblea, desatendiendo las justas protestas del Pontífice, de los obispos y de la Iglesia, quiso marchar adelante por la senda emprendida.

Por decreto de 27 de noviembre de 1790 todos los párrocos y obispos del reino fueron convocados á prestar juramento de fidelidad á *la constitucion civil del clero*, entendiéndose que firmaban la renuncia de sus prebendas los que á prestar aquel juramento se resistieran.

Satánico estratagema para rasgar de una vez la amenazada unidad del clero.

El obispo de Autun, Mons. Tayllerand, y el de Lydda, sufragáneo de Bale, que á pesar de tener su silla en Suiza tenia su jurisdiccion extendida á territorio francés, dieron entre los obispos la señal de la rebelion contra la Santa Sede prestando con solemnidad el juramento á *la constitucion*, que mejor debiera llamarse *secularizadora* del clero, que civil.

No cayeron solas aquellas estrellas que hasta entonces habian lucido en el firmamento de la Iglesia; la parte débil del clero cedió, pero su conducta re-

pugnante no sirvió sino para poner en relieve la dignidad y la fortaleza cristianas de los obispos y sacerdotes perseverantes.

El día 4 de enero de 1791 quedará en los anales del Catolicismo como el de una gran fiesta, pues fue en él que se elevaron hasta á la altura de los primeros confesores una muchedumbre de sacerdotes y prelados, verdaderos representantes de la Iglesia.

Aquella era la fecha señalada por la Asamblea nacional para la solemne declaracion de la conformidad del clero que contaba en su seno, á la protestantizacion de la Iglesia francesa.

En aquel dia, en los momentos en que el presidente de la Asamblea iba á hacer el nominal llamamiento de los eclesiásticos que hasta entonces habian permanecido fieles, un grupo de furibundos empezó á gritar: «*Á la linterna los obispos y sacerdotes que no juren.*»

Algunos seglares pidieron que se prohibieran semejantes demostraciones, á fin de que no se pudiera atribuir á coaccion el acto que iba á presentarse.

«*No, no, exclamaron á coro los sacerdotes fieles; no les impidais gritar; no os ocupeis de los clamores de un pueblo del que se abusa; dejadles que clamen, sus clamores no forzarán nuestra conciencia.*»

El presidente llamó á Mons. de Bonnac, obispo de Agen: «Señores, dijo este, poco me cuestan los sacrificios de la fortuna; pero hay un sacrificio que yo carezco de fuerzas para hacerlo, y es el de vuestro aprecio y el de mi fe; yo estoy seguro de que ambas cosas, que tan caras me son, perderia presutando el juramento que me exigís.»

¡Tanta dignidad aterró á los que veian en la figura del venerable prelado la personificacion de la conciencia ultrajada!

Fue llamado luego Mr. Fournet, párroco de la misma diócesis de Agen: «Señores, dijo, pretendí sremontarnos á los primeros siglos del Cristianismo; pues bien, con la sencillez de aquella edad dichosa de la Iglesia yo os diré que me hago una gloria de seguir el ejemplo que acaba de darme mi obispo. Yo andaré sobre sus huellas, yo le seguiré hasta el martirio, como el diácono Lorenzo siguió á su obispo san Sixto.»

Apareció en seguida Mr. Leclerc, de la diócesis de Seez: «Yo nací, dijo, católico, apostólico, romano; yo quiero morir como nací, y me lo impediria el juramento que me exigís: no juro.»

«Señores, exclamó Mons. de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, cuento setenta años; treinta de ellos he ejercido el episcopado; ya comprendéis que no he de manchar mis canas jurando fidelidad á vuestros negros decretos; tampoco juro.»

La Asamblea, ante aquellos hombres venerables por su ciencia y su fortaleza, se hallaba poseida de una cierta estupefaccion; pero las tribunas, que no compartian la responsabilidad de aquella escena imponente, repitieron el salvaje grito de: «*Á la linterna todos los obispos y sacerdotes que no juren.*»

¡Así comprendian la libertad de conciencia, que ya en aquellos tiempos irrisoriamente se llamaba inviolable!

Un sacerdote perjuro subió á la tribuna, y pretendió tranquilizar la conciencia de sus hermanos, que acababan de dar tan elocuente leccion de fidelidad y dignidad: «La Asamblea, dijo Enrique Gregorio, no intenta afectar en nada á la Religion ni á la autoridad espiritual; jurando no os comprometéis á hacer nada contrario á la fe católica.»

Á cuya declaracion los obispos contestaron: «Pues, si así es, convertid esta explicacion en un decreto.» La Asamblea se negó.

Para evitar el inmenso efecto producido por las contestaciones admirables de los individuos del clero, el presidente apeló á una invitacion general: «Que se levanten, dijo, todos los eclesiásticos que todavía no han jurado, y que se acerquen á la mesa á prestar el juramento exigido.»

Nadie se levantó.

La Asamblea decretó en seguida que el Rey nombrara de Real orden los curas que debian sustituir á los no juramentados.

Entonces la Iglesia de Francia presenció una escena conmovedora: muchos sacerdotes, que antes habian jurado, se levantaron para retractar su juramento; tan profundamente les habia herido el ejemplo de firmeza que acababan de presenciar.

Los obispos y el clero fueron despedidos de la Asamblea con infernal gritería, pero la impiedad misma debia dar testimonio de la justicia de las víctimas; en aquel dia fue pronunciada una palabra digna de escribirse con tinta de oro en la página que tales acontecimientos recuerda: «*Nosotros, dijo Mirabeau, nos quedamos con su dinero, pero ellos conservan su honor.*»

Está dicho todo.

De trescientos eclesiásticos que la Asamblea contaba, doscientos treinta permanecieron fieles á la Iglesia.

En general el clero francés se mantuvo íntegro, bien que apoyado por el ejemplo de sus obispos, que, siendo en todo el reino en número de ciento treinta y cinco, solo cuatro claudicaron jurando.

La palabra de Pio VI habia fortalecido los corazones. La Iglesia empobrecida se ostentaba rica en confesores, y quedaba en la seguridad de que la defensa de la fe católica podia contar con toda una legion de mártires en el dia de la tremenda prueba.

La revolucion, que habia sentado como otro de sus principios fundamentales la libertad absoluta de todos los cultos, empezó á combatir las bases de la jerarquía católica, arrogándose el poder civil la facultad de nombrar obispos para sustituir las sillas declaradas vacantes por la resistencia de los que las ocupaban á prestar el juramento que á sus conciencias repugnaba.

Los clérigos que mas se habian distinguido por la exaltacion de sus ideas fueron llamados á la alta dignidad episcopal por magistrados cuya osadía llegó á hacer irrisoria burla de los dogmas mas elevados.

Los hombres que oficialmente se declararon incrédulos eligieron pastores para los creyentes.

Mas ¿quién habia de consagrar á los elegidos por el pontificado civil?

Por desgracia existian cuatro obispos juramentados, el Arzobispo de Sens, y los Obispos de Viviers, Orleans y Autun. Naturalmente estos se prestaron á derramar la consagracion sobre los electos y á manchar con un tremendo sacrilegio la vergonzosa historia de sus pastorados.

Los nuevos obispos se apellidaron *obispos constitucionales*, y establecieron un cisma profundísimo en la Iglesia de Francia. Tristísimos fueron aquellos dias en que los verdaderos hijos de la Iglesia veian profanados los templos del Señor por hombres que blasonaban respeto y celo para el Catolicismo.

Espontáneamente se hizo una division entre los discípulos perseverantes de la Iglesia real, y los secuaces de la Iglesia irrisoria; los templos adheri-

dos á los obispos intrusos permanecian desiertos, los sacerdotes juramentados veian hacerse un desolador vacío en torno de sus altares y de sus confesonarios, los apóstatas solo predicaban en el desierto.

El santo Obispo de Luzon, observando el retraimiento de los fieles de las casas profanadas por los intrusos pastores, alentó á la grey que dispersa iba buscando un lugar puro donde alimentar sus almas con el doble pan de la Eucaristía y de la palabra evangélica.

«Sin duda, decia á sus perseverantes hijos el Obispo de Luzon, difícil os será encontrar local conveniente, procuraros ornamentos y vasos sagrados, mas no os desalenteis; una sencilla tienda, un altar portátil, una casulla de indiana ó de cualquiera tela, un cáliz de hoja de lata ó de madera serán suficientes para celebrar los santos misterios y el divino oficio. Esta simplicidad, esta pobreza, recordando los primeros siglos del Cristianismo y la cuna de nuestra santa Religion, podrá ser un medio eficaz para excitar el celo de los ministros y el favor de los fieles. Los cristianos primitivos tenian por templos sus casas; en ellas se congregaban pastores y rebaños para celebrar los santos misterios, escuchar la palabra de Dios y cantar las alabanzas del Señor. En las persecuciones que afligieron á la Iglesia, viéndose forzados á abandonar sus basílicas, retiráronse á las cavernas y hasta á las sepulturas, y aquellos tiempos de prueba tuvieron el privilegio de ser los tiempos clásicos del fervor cristiano.»

Estas palabras del Obispo de Luzon describen perfectamente la situacion de la Iglesia en 1791, es decir, un año antes del nacimiento del egregio Pontífice que rige hoy la Iglesia universal.

Cuando los fieles se veian obligados á prepararse para emprender su retirada á las catacumbas, no hay que buscar elocuentes términos para ponderar la indigencia inmensa, los riesgos pavorosos, que los cristianos sufrían.

Á medida que iba acercándose á la luz del mundo el niño que el cielo reservaba para cumplir los mas excelsos destinos, la tempestad anticatólica encrespaba con mas furia sus olas, y el huracan centuplicaba sus fuerzas espantosas para dispersar los últimos restos de la institucion divina.

No podemos entrar en detalles sobre el régimen que fue adoptado por los hombres que ocupaban el poder en aquel siniestro periodo.

La actitud noble y digna del clero formaba contraste con la venalidad de muchos que, previendo el triunfo de los principios revolucionarios, sacrificaron á ellos las convicciones sinceras, base de su anterior conducta.

Un decreto desterró en masa á los eclesiásticos que opusieron resistencia á jurar la ruina de la Iglesia; el traje eclesiástico fue prohibido; el despojo del mobiliario de los templos fue decretado.

El niño Mastai Ferretti contaba apenas tres meses cuando vió brillar en las mejillas de su madre ilustre una lágrima arrancada por la amargura de su corazon oprimido. Los católicos del universo sintiéronse profundamente conmovidos al saber que Luis XVI acababa de ser encerrado en el Temple y que las prisiones de Francia rebosaban de nobles y sacerdotes.

La Europa aletargada carecia de autoridad y de fuerza para detener el curso de unos acontecimientos que ella misma habia sancionado *à priori*, pues consecuencias legítimas eran aquellas terribles escenas francesas de los principios de rebeldía contra Dios y contra los soberanos por el protestantismo sentados, por las cortes admitidos, y por los pueblos aplicados.

to 24/1/11



